

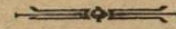
400 onzas de oro españolas, al sepultarse el cadáver del soldado del centralismo, según se ha dicho antes, encontrándose sólo dentro de la fosa removida los restos del Capitán, las señales y vestigios á que aludía la relación del finado sargento, que ya cuando ella se dió á conocer, estaba descubierto el secreto de una manera casual, después de 31 años trascurridos de una fecha á otra.

Repuesta la desvelada de la noche anterior, en que se hizo la escavación, al siguiente día regresó el que pone estas líneas, en reunión del Mayor Tirado, quedando éste en Ario, lugar de su origen, y aquél siguiendo hasta su pueblo de Erongarícuaro.

Entre tanto, la revolución promovida por los Jefes federales en contra del Dictador de aquella época se preparaba en Michoacán y Jalisco, con esperanzas del triunfo, que al fin se consiguió después de 17 años de lucha, contando con escasos elementos.



Segunda época.



Siguen las hostilidades en contra del Primer Magistrado de la Nación.



En el centro del Estado de Michoacán aparece por segunda vez el patriota General Gordiano Guzmán, con una Brigada dispuesta á la campaña, pernoctando en Tacámbaro, como punto de reunión, la noche del 19 de Mayo de 1838, y en dicha ciudad se reunieron á aquélla las fuerzas del General Coronel Antonio Angón, Coroneles Nieves Huerta, Manuel Vélez, Francisco Ronda y las de otros Jefes que sería cansado referir, cuyas fuerzas unidas dieron en total de 2,100 individuos de tropa, según los estados de fuerza disponibles que presentaron sus respectivos Jefes antes de la «Gran Parada» que se verificó en el llano del Aguacate y lomas del cerro de la Alberca, puntos inmediatos á la ciudad.

Concluidas esas maniobras, en la noche del día 20 del mes citado, se convoca á junta general de

jefes y oficiales para hacer el nombramiento de los que debían mandar la columna, en la expedición intentada sobre Morelia, resultando electo para mandar en Jefe el General Palafox, tanto por sus conocimientos militares, como en virtud de habersele comisionado en el centro federal de México á fin de que pasara á Michoacán á dirigir la campaña.

Luego fué electo como su segundo, el General Gordiano Guzmán; para Mayor General, el Coronel Nieves Huerta; para llevar la vanguardia, el de igual clase Francisco Ronda; para el centro, General Coronel Antonio Angón; en la reserva, Coronel Manuel Vélez; para la retaguardia, Teniente Coronel Antonio Muñiz, y para cubrir los flancos los Comandantes de Escuadrón, José Orta y Juan Flores; quedando así terminada la Junta de guerra, á las 12 de la noche del mismo día, en cuya sesión reinó la cordialidad y el mayor entusiasmo.

A pocas horas, se dejó ver la luz del siguiente día, en el cual se proveyó á la columna de lo muy preciso para marchar; y al efecto, en la orden de la plaza, se dispuso la salida de aquella en la mañana inmediata. Tal determinación fué cumplida á las cuatro de ella, hora en que comenzaron á desfilar los cuerpos que componían la columna, la cual pernoctó la noche de ese día en Acuitzio. De esa población, se llegó á inmediaciones de Morelia, y al asomar la aurora del día 22, ya se dejó ver la columna en las goteras de la Capital, en el llano y alturas de Santa María, distribuida convenientemente, en sus respectivas posesiones y en prevención para resistir algún ataque del enemigo. Allí se pasó el día sin que ninguna fuerza de la plaza saliera á hostilizarla, y muy avanzada la tarde, se dispuso la retirada de la columna, rumbo á Undameo, para acampar en el punto de ese nombre.

Se dejó ver la luz del día 23 y la marcha se emprendió en dirección á Tiripetío; mas al llegar al paraje de la puerta del Atole, allí fué *la de Dios es padre*, porque de improviso se encontró la columna con el primer Regimiento de Morelia, antes el 10 de caballería, al mando del General Angel Guzmán, á quien, como enemigo, se le resistió en su tránsito, obligándole por la fuerza á entrar en dicho pueblo y pasar en él la noche, acampando luego la columna de los federales en la Hacienda de San Antonio Coapa, situada á las goteras casi de la propia población; mandándose cubrir en seguida todas las avenidas que convinieron con la suficiente fuerza, para tener en jaque á Don Angel en aquel pueblo. De tal encuentro resultaron algunos muertos y heridos pertenecientes á la columna, suspendiéndose por ese día las hostilidades, con motivo de la aproximación de la noche.

Amaneció el día siguiente, jueves de la Ascensión, 24 de Mayo de 1838, y entonces las tropas federales asaltaron á las del Gobierno, con valor heroico, arrojándolas de la plaza de Tiripetío hasta los planes contiguos á los límites de Undameo por el rumbo del Oriente, cuyas labores se resguardan al estar en fruto, con la referida puerta del Atole, y en ese sitio el combate fué muy sangriento; porque la mayor parte de las cargas parciales que se dieron ese día, fueron casi personales á sable y lanza, pues de las armas de fuego muy poco se hizo uso; razón por qué en ese hecho de armas, que debe ser memorable, se derramó la sangre con profusión, ocurrencia que quedó demostrada á la vista de los muchos cadáveres de los contendientes que fueron levantados del campo de la lucha y de los diferentes heridos que se recogieron; quedando también destruida la caballada, porque en las maniobras perecieron algunos caballos, resultando otros heridos, y mediante esos acontecimientos se notaron

grandes bajas en ambas fuerzas entre muertos, heridos y dispersos del enemigo.

En tal situación los combatientes, se aproxima la noche de ese día; y tanto las tropas federales, como las del Gobierno, vuelven á acampar en sus mismos puntos para continuar la lucha al siguiente día, quedando, como antes, las avenidas cubiertas á fin de que el enemigo continuase vigilado.

Aparece la aurora del 25 del mes citado, y luego se mandan colocar, por medida precautoria, en sus respectivas camillas, 60 heridos de la columna federal que había en Coapa, lugar que sirvió de hospital de sangre á esa columna durante los días de fatiga militar en aquel punto, y en cuya finca se prodigaron servicios á los heridos, dignos de mencionarse. Se condujeron aquéllos con una escolta de confianza, á Acuitzio y de allí á Tacámbaro para su curación y seguridad, porque el éxito del combate era dudoso, según el juicio del General Palafox, y más aún, si de Morelia le llegaba algún auxilio á Don Angel, como debía de esperarse. Los mencionados heridos llegaron á Tacámbaro sin novedad alguna en el tránsito, asistiéndoseles en esa ciudad debidamente.

Sonaron las 8 de la mañana del 26, hora en que las fuerzas contendientes se aprestaron de nuevo al combate, y una vez avistadas ambas, los trompetas de órdenes lo anunciaron con los toques de ordenanza. Luego se ponen á tiro, escuchándose la voz de mando: "fuego," que comenzó en seguida por el flanco derecho de la batalla; cuyo tiroteo muy en breve se hizo general en toda la línea. Esa maniobra duró muy poco y después de una ligera pausa fué sustituido aquél con una carga al sable, la cual terminó pronto, para que los lanceros entraran á funcionar dando su primera carga.

Pasado un corto tiempo, se manda dar otra y luego la última, á las tres de la tarde del mismo día. hora en que se suspendió la batalla, en la que, como el día anterior, se hizo una matanza sin piedad; y no habiendo sido enteramente decisiva, sin embargo de tanta sangre derramada, los jefes combatientes vinieron, sin duda, en conocimiento de que la tropa se hallaba ya muy reducida y en la mayor impotencia para dar término á la batalla por medio de las armas. Por esto es que el General Angel Guzmán, dominado acaso por esas consideraciones, mandó retirar del campo de la lucha á sus soldados que estaban á la defensiva, dándose al efecto los toques de reunión; y una vez congregados, dispuso se organizaran por secciones, cubriendo convenientemente su retaguardia. En esos términos emprendió su marcha para Morelia, después de las tres de la tarde del 26 de Mayo citado, abandonando el campo á discreción del enemigo, ó para que, en su defecto, lo levantara la piedad pública; no siendo dable á los federales perseguir en su retirada á ese General, porque la columna quedó aniquilada por completo en los hechos de armas del 23 al 26 de Mayo citado.

Sin embargo de haberle cedido el campo el enemigo al General Palafox, este jefe, temeroso tal vez de la salida de alguna fuerza de la capital ó de las plazas inmediatas en auxilio de Don Angel, cuyo empuje no podía resistir con éxito; en virtud de las ocurrencias indicadas y mediante ellas, siguió el ejemplo de su enemigo, retirándose también del campo con los restos de la columna, en dirección á Tacámbaro, y con ese motivo no se dió en la cabeza á la víbora; resultando, en consecuencia, que la pelea *fuera tablas*.

Las autoridades y vecinos de Tiripetío, siguiendo el pensamiento de Don Angel en el sentido de la piedad pública, levantaron el campo, cavando

luego en una parte de él, una gran fosa en el costado del llano que da al Oriente, á un lado del camino que conduce del pueblo de Acuitzio á Morelia, en cuyo sitio fué la lucha, y en el seno de esa fosa fueron sepultados los muertos de los contendientes, que, según el juicio público, pasaron de 400; recogiendo también los heridos que se encontraron en el campo sin movimiento por su gravedad, á quienes se asistió con mucha solicitud, muriéndose unos y salvándose otros.

En dicho sitio se conserva hasta hoy una cruz de madera de grandes dimensiones que allí fué colocada, en memoria de las víctimas que en aquel lugar descansan en paz, sacrificadas en los hechos de armas indicados ya, en los planes de la memorable puerta del Atole, cuyo paraje lleva ese nombre desde tiempo inmemorial porque en él han vendido ese alimento las familias de los campesinos que cuidan la puerta.

El General Palafox llega por fin á Tacámbaro, recojiendo en su tránsito algunos heridos; y después de cuatro días, dispuso que las fuerzas auxiliares sobrantes regresaran con sus respectivos jefes á sus localidades, quedando en curación sus heridos en aquella Ciudad; y al siguiente día se separaron de ella, llevando cada jefe el rumbo que le convenía.

Al sexto día, de acuerdo con el superior, salió también Don Gordiano de dicha Ciudad en dirección á Aguililla, llevando consigo su fuerza sobrante y sus heridos en camilla, para seguirlos curando y utilizar después sus servicios.

A la mañana siguiente, se separa también de Tacámbaro el General Palafox, después de dejar sus órdenes al Coronel Vélez y subalternos, dirigiéndose á México, á dar cuenta del resultado de la comisión que se le encomendó; quedando dicho Coronel en el Distrito de Tacámbaro, del cual to-

có en seguida algunas poblaciones, difundiendo las ideas liberales. Con tal motivo, ese jefe, fué más tarde perseguido del General centralista Angel Guzmán, cogiéndole algunos subalternos que mandó fusilar luego, infundiendo así el terrorismo que más tarde dió por resultado el indulto de otros, y con tal procedimiento de parte de ese General, se fueron reduciendo en Michoacán las fuerzas federales.

Antes de abandonar la ciudad de Tacámbaro los jefes de las fuerzas que asistieron á los hechos de armas antes referidos, el General Palafox les pidió un estado de fuerza, armamento y caballos, que, respectivamente le fueron presentados; y formando con ellos el general, se vió de su contenido que la columna federal, había sufrido una baja considerable de 360 individuos de tropa, entre muertos y heridos, así como de 150 dispersos y 40 caballos muertos é inútiles, que se repusieron con 50 que dejó el enemigo el día 23 en la referida puerta del Atole, al encontrarse con él. En ese hecho de armas resultaron heridos el General Coronel Antonio Angón y el Coronel Francisco Ronda; y muertos dos Comandantes, 11 Capitanes y 20 subalternos; cuya baja total ascendió á 438, según el estado general que, deduciéndose de 2,100 combatientes que asistieron á la lucha, resulta un sobrante de 1,562 hombres pertenecientes á los distintos jefes que en ella combatieron.

Con motivo de haber faltado á su ofrecimiento algunos liberales vecinos de Morelia que ofrecieron aumentar las fuerzas federales avistadas en dicha época á las goteras de la Capital, con el ingreso á las filas de alguna tropa del enemigo que entonces ocupaba aquella plaza, con las que estaban de acuerdo para pasarse á las tropas federales, los soldados pertenecientes á ellas cantaban el siguiente juguetillo:

«Bonitas las amarillas
calandrias de los nopales,
¿para qué dicen que sí,
si al cabo no son formales?»

De paso Don Gordiano por Tepalcatepec para Aguililla, se le incorpora su leal amigo y buen Secretario Coronel Manuel Ramos, enteramente restablecido de la salud, quien con ese motivo se dirigía en pos de la Brigada para continuar en ella sus servicios. Esa persona fué bien recibida del General dándole las gracias y luego un estrecho abrazo, previniéndole que al día siguiente tomaría de nuevo posesión de la Secretaría, que por sus enfermedades había desempeñado algún tiempo el Coronel Rafael Degollado, para que al quedar expedido ese Jefe, mandarlo á Colima y Jalisco á desempeñar una comisión interesante que debía confiarle relativa al servicio y á la propaganda de las ideas liberales.

A otro día recibió el General aviso de estar dispuesto para marchar el Jefe Degollado, y luego se le entregaron los pliegos que acreditaban su importante comisión y los recursos indispensables, entregando antes el archivo de la secretaría, por medio de inventario, al Coronel Ramos, quien comenzó á funcionar, en seguida y ordenando finalmente el General, pasase á la mayoría como antes el que esto escribe, en su clase de sargento 2º, en donde seguirían utilizándose sus servicios.

Luego dispuso el General viniese á su presencia el Ayudante Zenteno, á quien ordenó dijese á su Secretario pusiera una carta al flebotomiano de Coalcomán para que pasara á Aguililla á encargarse de la curación de los heridos que pronto llegarían á ese pueblo, debiendo ser el portador de la carta José María Flores (á) El Machachán, el me-

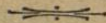
jor de sus asistentes; y que luego que estuviera concluida, la llevase á la firma el Secretario en persona. No tardó mucho en presentarse éste al veterano con el pliego que firmó y que en seguida fué entregado al asistente, quedando solos en el despacho los dos viejos en completo silencio, interrumpido por Ramos, alcabo de un rato, diciendo: ¡Mi General,! una pregunta, que le suplico no lleve á mal. Contestó luego aquel Jefe: habla, buen amigo, y te escucharé. Pues bien, Señor General, aprovechando su deferencia, de que estoy agradecido, se servirá Ud. decirme ¿qué no habría sido demasiado peligroso atacar la plaza de Morelia con pura caballería por mucha y disciplinada que fuese? Esa determinación, amigo mío, no solo sería de consecuencias, sino aun ridícula y fuera de toda regla militar; pero como el pensamiento fué distinto, al tratarse solo de proteger la deserción de la tropa, y salida de aquella plaza, de un batallón con su cuadro de oficiales que estaba dispuesto á ingresar á nuestras filas, é imponer al enemigo con la presencia de más de 2,000 combatientes que ocuparan las goteras de la Capital; pero que faltando al ofrecimiento hecho en ese sentido por cartas de los buenos liberales de Morelia, no dió resultado la expedición hecha con ese fin, puesto que ni el Batallón del enemigo se pasó á nuestras filas, según indicaron aquéllos, ni tampoco hubo desertores que recoger, sin embargo de haber estado la columna más de un día en las goteras de la ciudad, en espera de ambas cosas.

Esa invitación de parte de los liberales de dicha Capital para que la fuerza federal se situase frente á los muros de ella, para el efecto indicado, nos causó, como es de suponerse, mucho disgusto y esa falta no dejó de comprometer los intereses de la causa al distraernos de otras operaciones. y en consecuencia, tuvimos que retirarnos abandonan-

do á Morelia para encontrar al siguiente día con las fuerzas enemigas que mandaba el General Angel Guzmán en la referida puerta del Atole, de cuyos hechos ya tiene conocimiento mi buen amigo. Una vez satisfecha mi duda de la manera más bondadosa, me retiro, con su permiso, dijo el Secretario, siempre que no haya algo que mandar. Hazlo, pues, contestó el General, cuando por ahora nada ocurre.



Tercera época.



LA OPINIÓN PÚBLICA DE PARTE DE LA REVOLUCIÓN.



El Coronel Rafael Degollado, cumpliendo con la comisión encomendada por el General D. Gordiano, en Mayo de 1842, y en el trascurso de la cual le dirige de Colima y Jalisco algunas cartas con antecedentes del estado que por aquellas regiones guardaba la política de entonces; y en la última que le despachó en Octubre del año citado, le decía entre otras cosas: que convenía mucho á los intereses de la causa que se había propuesto defender, dispusiese una expedición por aquellos países, porque con motivo del general desafecto á la administración del General Santa Anna, entendía que con la presencia de una fuerza moralizada, se avanzaría mucho, por la cual vieran los contrarios que el edificio social comenzaba á desbordarse al empuje de la opinión bastante generalizada ya; y en-